

A1 Historia y mito en Jesús de Nazaret

El ser humano aborda el pasado colectivo desde dos perspectivas: la histórica y la mítica, la objetiva y la subjetiva, la que puede aspirar al consenso y la que entra a formar parte de nuestra cultura personal. Las dos son necesarias aunque con frecuencia entren en conflicto, al no poderlos diferenciar claramente o por el predominio de una u otra perspectiva. Esto es aplicable tanto a los acontecimientos como a los individuos del pasado y para situar la problemática sobre estos últimos podemos partir de la diferencia entre Ulises y Homero. Para ello debemos remontarnos alrededor del año 1150 a.C en que se produce el final atroz del período micénico. Algunos supervivientes cantan hechos de héroes del pasado entre los que destaca Homero, que narra las hazañas de Ulises, rey de Ítaca. La condición mítica o histórica de estos personajes varía con el tiempo. Hasta la muerte de Alejandro, el año 323 a.C., nadie duda de la historicidad de ambos. El helenismo sitúa a Ulises en el campo mítico, para posteriormente crecer las dudas sobre la existencia real de Homero, y empezar a ser considerado como el conjunto de escritores que fueron recogiendo la tradición oral de la poesía épica griega.

El que tanto Ulises como Homero sean personajes míticos puede desmerecer su valor para un racionalista estrecho que rechaza todo aquello que no puede ser verificado mediante la metodología científica, pero no para quien sabe que el misterio y la duda es un componente de la existencia humana. La condición mítica tanto de Ulises como de Homero es producto de la transmisión oral, que no reproduce exactamente la experiencia vivida, sino que la transcrea subjetivamente. Esto tiene su inconveniente para saber que es lo que ocurrió efectivamente, pero nos aporta algo más valioso: la satisfacción de una necesidad humana que se manifiesta en todos los pueblos, la de contar con un pasado ilustre, heroico, del que poderse sentir orgulloso, del que extraer pautas de comportamiento, aunque a veces resulten contradictorias y sectarias pues las mayores glorias tienen que ver con la destrucción o sometimiento de otros. La historia real, objetiva y consensuada del período micénico, en el inicio de la civilización griega, se ha podido ir reconstruyendo con diversas contribuciones lo que permite valorar con más equidad las diferentes contribuciones.

La relación entre lo mítico y lo histórico cambia con Hesiodo de Ascra autor de “Teogonía” y “Los trabajos y los días”. Con Hesiodo no se plantean dudas sobre su existencia histórica real. El medio siglo que le separa de Homero, del 750 al 700,

coinciden con el desarrollo de la escritura griega y Hesiodo es de los primeros griegos en ofrecer una literatura personal. Eso no evita el componente mítico, lo que se manifiesta de forma incuestionable en la “Teogonía”, que trata del origen y genealogía de los dioses, aunque también en muchos aspectos de “Los trabajos y los días”, una especie de parábola de la humanidad acompañada de reglas de agricultura y de náutica. Se ha dicho que Homero es a la aristocracia y al pasado como Hesiodo a la democracia y al futuro. La realidad histórica más incuestionable es que en aquellos tiempos los que podían escribir eran quienes disponían de esclavos que cubrieran con su trabajo todas sus necesidades, y esa circunstancia marca el inconsciente colectivo y hace que su escritura sea plenamente subjetiva, mítica.

Muy diferente es la condición de Sócrates. Sus 70 años de vida están perfectamente definidos entre los años 469 y 399, lo que avala su naturaleza histórica, pero él no dejó nada escrito e incluso advirtió a Platón, quien dejó constancia de sus hechos y palabras, de que iba a verter muchas mentiras sobre su persona. Sócrates ve la existencia como un proceso comunitario que la escritura parcela y detiene y por eso traslada la mayéutica, que su madre ejercía en el ámbito biológico, al ámbito cultural, ayudando a los individuos a que alumbraran la enorme riqueza interior de que todo ser humano es portador. Por eso, también, justificó la afirmación del oráculo de Delfos de que él era el más sabio, en el hecho de que él era consciente de que no sabía nada, y al proclamarlo no pretendía exaltar la ignorancia, sino desmontar la fatuidad de los profesionales que por saber mucho de su especialidad creían saber del conjunto de la existencia. La globalidad existencial contiene importantes y decisivas preguntas sin respuesta y lo que se sabe es resultado de innumerables aportaciones que forman un saber colectivo del que cada individuo sólo puede interiorizar una pequeña parte. Lo decisivo es que cada uno contribuya al bien común con aquello que sabe y de eso se encargan las leyes que definen los diferentes derechos y obligaciones. Estas leyes las establecen los seres humanos y arrastran imperfecciones, pero Sócrates considera que hay que cumplirlas para que no se destruya la estructura política que hace posible el desarrollo humano y, plenamente fiel a esa creencia, renuncia a la posibilidad de liberarse sobornando a los guardianes y toma la cicuta para cumplir la condena que, injustamente, le han impuesto los hombres, que no las leyes. El hecho de que la filosofía griega se divida en “antes y después de Sócrates” muestra la profunda incidencia de una vida plenamente coherente.

Coherente fue también la vida de Jesús de Nazaret pues después de propugnar el amor entre todos los seres humanos sin excepción alguna, cuando el enfrentamiento con sus enemigos llegó a una dinámica mortal, prefirió morir antes que matar. Su condición histórica es incuestionable, lo que permite concretar que se trata de un individuo que vive en un espacio-tiempo concreto y limitado, en un determinado entorno cultural, llevando la realidad del ser, como encuentro entre individuo y entorno, a una nueva dimensión, cuyo análisis e intento de comprensión exigen un mínimo planteamiento del proceso evolutivo universal.

Actualmente la reciprocidad de influencias entre individuo y entorno se puede entender como el encuentro entre dos procesos evolutivos, en la medida en que se va admitiendo y madurando la teoría de Haeckel de que la ontogénesis recapitula y repite la filogénesis, es decir, que cada vida humana, durante su tiempo fetal, su infancia y adolescencia es una historia abreviada del pasado de la humanidad. A pesar del rechazo de la teoría por amplios sectores conservadores, es necesario llevarla más lejos, pues por una parte, no se trata sólo del pasado humano, sino del pasado cósmico, y, por otra, el individuo no resume ni repite el pasado, sino que lo transcrea, lo revive de forma singular, y esa transcreación singular es lo que permite que la evolución vaya avanzando. Se trata de un proceso que experimentan todos los individuos cualquiera que sea su rango evolutivo, en razón al punto de complejidad alcanzado por su especie y que se desarrolla sobre tres campos: la energía, la materia y la información. Un proceso que produce transformaciones que culminan en un salto evolutivo cuando la colaboración entre individuos que comparten un mismo entorno se hace tan estrecha y eficaz que genera una nueva individualidad en la que todos están profundamente comprendidos y establecen conjuntamente con el entorno común una nueva y más compleja relación, que tiende hacia la personalización del entorno. Pasos muy significativos en este proceso son la aparición de la sexualidad y la de la clase taxonómica de los mamíferos.

Uno de esos saltos evolutivos de revolucionario significado es el protagonizado por los seres humanos. Por el trabajo, la palabra, el cultivo de los campos y la domesticación de los animales, la humanidad ha cargado sobre sí, tanto colectiva como individualmente, la posible evolución no sólo de su especie, sino de toda la existencia planetaria. La gravedad de la responsabilidad y el ejercerse en libertad, lleva consigo su difícil cumplimiento. La base del progreso evolutivo es la colaboración y el ideal de la

misma es la reciprocidad, pero eso no es siempre posible dado el diferente contenido de energía, materia e información de los elementos relacionados que hace que la colaboración consista en muchas ocasiones en que el que más tiene lo transfiera al que tiene menos. Así, la vida en la Tierra es posible porque el Sol le transmite mucha energía, sin que la Tierra por el momento parezca corresponderle. La termodinámica también nos enseña que cuando dos moléculas de diferente carga energética se encuentran, la más cargada transfiere parte de su energía a la otra, hasta igualarse.

Teniendo en cuenta que el ser es el encuentro entre individuo y entorno, la relación entre ontogénesis y filogénesis, y que la evolución es un proceso que afecta tanto al conjunto universal como a los diferentes entornos e individuos, la cuestión de ser dador o receptor de energía, materia e información, es una cuestión de tiempos de las distintas fases evolutivas. Así, en el tiempo fetal y en los primeros años de vida de un ser humano, es evidente que el individuo es totalmente receptor, mientras que el entorno es totalmente dador. En los animales y en las sociedades humanas primitivas o muy marginadas, ese entorno lo constituye la madre, casi en exclusiva, pero en las sociedades humanas más evolucionadas se ensancha con todos los que cuidan de la madre y del nuevo ser, como son todos los equipos médicos que han logrado reducir notablemente la mortalidad prenatal e infantil. Luego hay un primer tiempo en que el individuo humano es netamente receptor y un segundo tiempo en que se tiende a ser dador.

Los tratados de sicología establecen que el cambio de receptor a dador se produce de forma progresiva durante la adolescencia y juventud, y que suele culminar alrededor de los veinte años, pues a esa edad se considera que se ha recibido del entorno el patrimonio fundamental y se ha alcanzado la madurez suficiente para invertir la tendencia y ser el individuo el que enriquezca el patrimonio. Esa edad puede ser representativa ahora y entre la gente con suficiente acomodo. En épocas anteriores, entre los pueblos menos desarrollados y gente marginada, esa edad se adelanta hasta apenas iniciada la capacidad reproductiva, mientras que en determinados individuos y aspectos se prolonga durante toda su existencia en forma de neotenia. Lo importante no parece ser tanto la edad en que se alcanza la plena capacidad dadora, como la armonía y equidad existente en la interacción entre individuo y entorno entendido éste tanto en su aspecto comunitario como en su dimensión abierta.

La gama de realizaciones de esa interacción es infinita, pero podemos situarla entre dos casos extremos: el homo-sapiens de la tribu primitiva, recolectora y cazadora, con plena comunión entre sus miembros y con la naturaleza concreta que les envuelve, y el homo-urbanus, el individuo cuya vida transcurre en un entorno artificial, es decir, en el que predomina ostensiblemente la elaboración humana, especialmente en aquellas ciudades consideradas metrópolis y sedes imperiales, pues en ellas los individuos que gozan de poder, llegan a considerar natural que su grandeza se sustente sobre la violencia ejercida sobre otros pueblos, sobre las capas más miserables de su propia ciudad y sobre el entorno natural.

En el homo-sapiens primitivo la sabiduría individual se confunde con la comunitaria, debido a un flujo continuado verbal y vivencial entre todos sus miembros y su inmersión en una naturaleza con la que intentan mantener una relación personal que se desarrolla en dos ámbitos, el más inmediato en el espacio-tiempo, en el que llegan a individualizar los distintos componentes y el que queda fuera de su comprensión directa pero que intuyen personal, permanente y envolvente y designan con un nombre equivalente a Dios.

La violencia y artificialidad sobre la que se asienta la sociedad urbana rompe todos estos flujos, especialmente a partir del establecimiento de la esclavitud y de la explotación salarial. Para mantener la cohesión se establece una estructura piramidal en la que el individuo que ocupa la cumbre se endiosa, llegando a proclamarse Dios o asegurar que mantiene una relación privilegiada con Dios. Todos los demás individuos incluidos en la pirámide se dividen entre quienes están interesados en mantener esa pretensión, pues así conservan una posición privilegiada, quienes aspiran a ocupar ese lugar singular y no dudan en utilizar los métodos más infames para lograrlo, y quienes no tienen más remedio que acatar la ordenación pues en ello les va la vida.

Esta dinámica ha sido nefasta para el desarrollo humano, pues si bien ha servido para revelar la singularidad de cada individuo, ha distorsionado profundamente los lazos que deben unirles en una colaboración sinérgica de verdadero progreso. Entre estas distorsiones cabe citar: la pasión de los poderosos por las construcciones grandiosas que hicieran visible su poder, aunque ello supusiera enormes sacrificios para sus súbditos; la sucesión de guerras de conquista para incrementar ese poder, con lo que conllevan de muerte y destrucción; el priorizar la apariencia sobre la esencia, pues los esclavos podían ser más bellos, sanos e inteligentes que sus amos, pero éstos podían mostrar su

superioridad mediante los vestidos, joyas, perfumes, aposentos y posesiones de todo tipo; defender como verdad incuestionable los postulados que convenían a su poder, prohibiendo toda idea contraria y persiguiendo, castigando, torturando y matando de forma espectacular y ejemplarizante a todo aquel que las profesara.

A pesar de todo la sociedad ha ido progresando porque siempre ha habido individuos capaces de pensar libremente, de intentar comprender la realidad más allá de las explicaciones recibidas, de afrontar los problemas de forma beneficiosa para todos, y porque los mecanismos naturales tienden a conservar y propagar los sistemas y relaciones que se muestran claramente ventajosos y suponen una colaboración sinérgica universal. Para esa tarea, que con frecuencia le lleva a disentir y enfrentarse a todo el entorno cultural, el individuo humano dispone de la intuición, la introspección, la reflexión y la compasión, que le permiten percibir toda la riqueza cósmica que lleva en sí y comprender que se trata de un patrimonio que albergan en su interior todos los individuos y que poniéndolo en común es como alcanzará su máxima y potencial plenitud.

No todas las personas tienen la misma sensibilidad perceptiva, ni la capacidad de interpretar y ordenar lo que sienten, ni de comunicarlo, ni de asumir personalmente, ni de lograr que se asuma comunitariamente lo que sienten que debe ser la función del individuo humano en el logro de una humanidad en armonía y plenitud. La Teoría de la Era Axial, sitúa entre los años 800 y 200 a.C. la aparición, tanto en oriente como en occidente, de una serie de individuos que, como Sócrates, aunque cada uno desde su irrepetible singularidad, intentan enderezar el rumbo tomado por los humanos. Lao-Tsé, Pitágoras, Confucio. Aristóteles, Isaías, Gautama ..., la lista podría prolongarse y seguro que no estaría completa, pues en esta tarea la humildad y el silencio pueden ser muy fecundos, además de que a esta tarea no se le pueden poner los límites temporales que señala la Era Axial. Jesús es posterior a ese tiempo y eso parece cargado de significado, pues su testimonio y mensaje contiene una plenitud inmensamente mayor.

Jesús de Nazaret es un ser humano y por lo tanto limitado en el espacio-tiempo, condicionado, que no determinado, por un entorno cultural concreto. De los datos de que se dispone y que no han sido seriamente cuestionados, su vida se puede dividir en tres fases: una infancia y juventud esencialmente similar a la de sus vecinos de Nazaret, un tiempo de retiro y reflexión en que se cuestiona el sentido de la existencia, y un final

caracterizado por su pretensión de modificar las relaciones entre los seres humanos modificando las relaciones entre lo humano y lo divino. Esta última fase es la que interesa a toda la humanidad.

Jesús no concibe a Dios como algo externo, como el titiritero que maneja como le viene a cuento los hilos de los títeres, a lo que quedan reducidos los humanos. Dios está en el principio, en la trama que liga todo el pasado, desde sus padres y abuelos hasta el momento misterioso en que parece iniciarse una determinada existencia o universo. Dios está en el final, más allá de cualquier previsión al estar ligado a la libertad. Dios está en todos los seres humanos que comparten la presente existencia y de cuyo encuentro y colaboración depende el progreso evolutivo. Es el misterio de la Santísima Trinidad que forma la esencia doctrinal del cristianismo, pero no su manifestación viva estructural. Este desencuentro no obedece a dificultades de comprensión teórica, sino a la resistencia de los individuos a asumir las exigencias que comporta, debido fundamentalmente a una miopía vital que les lleva a buscar un beneficio inmediato desligado de la globalidad existencial y a dejarse arrastrar por la erótica del poder.

La ciencia moderna aporta muchas pruebas de la dinámica triuna de la existencia, entre las que cabe destacar la estructura triuna del cerebro. Pero no es una cuestión que dependa del progreso científico, pues son muchas las manifestaciones de la dinámica triuna, entre ellas, la dinámica del tiempo, que nos sitúa continuamente ante el hecho de que el único tiempo sobre el que podemos actuar es sobre el efímero presente, ejerciendo de elemento vinculante, uniendo continuamente un pasado que ya no nos pertenece y un futuro sobre el que todavía no podemos actuar. La teología unida a la antropología ha mostrado que esta dinámica se plasma en tres virtudes, la fe, la caridad y la esperanza, pero al igual que ocurre con el tiempo, también aquí hay un elemento vinculante, que es la caridad, que precisamente por ser el elemento efectivamente operativo se entiende también como amor, solidaridad, amistad, sexualidad, colaboración y un largo etcétera que conduce a transformar el tú y el yo, en un nosotros que tiende a devenir en un yo superior.

El problema de situar a Dios en esta dinámica es aceptar que se trata de un Dios vivo que no queda encerrado en un texto, una imagen o una liturgia mágica, fácilmente manipulable. Esa aceptación lleva consigo que la sensación que podamos experimentar de sentirnos Dios, es lo que da sustento a nuestra dignidad personal. No sentirlo es

cosificarnos, mutilarnos, renunciar a nuestra mayor grandeza y responsabilidad. Jesús vive esa sensación plenamente, no sin dificultades puesto que le asaltan las tentaciones y las dudas, pero termina por aceptarlo y por vivirlo con todas las consecuencias. Posiblemente no sea el primero que hace realidad esa vivencia, pero si es el primero que lo vive de forma manifiesta y lo hace extensible a una comunidad abierta a lo universal. Porque el problema de ese sentimiento es reconocer la filiación divina en los demás.

Ese reconocimiento le resulta imposible a los poderosos, a quienes tienen o buscan la oportunidad de manejar y utilizar en provecho propio a los demás. Que ese poder se ejerza desde el ámbito militar, político, económico, religioso, intelectual, familiar, tecnológico o mafioso, resulta secundario. Lo fundamental es la sustitución de la trascendencia por la transferencia parasitaria, que en lugar de desarrollar al máximo el enorme poder que le es inherente a cada individuo, mediante la mayéutica, la colaboración sinérgica y el encuentro circular, prefieren crecerse oprimiendo a los demás, buscando alcanzar la cúspide de una estructura piramidal en una dinámica a la que son arrastrados los que se creen poderosos porque ocupan estados intermedios de poder e incluso los oprimidos que quedan cautivos por el síndrome de Estocolmo. La tendencia trepadora no sabe de amistad y entre los mismos poderosos pugnan por ser el que más. Pero la inmersión en esa tendencia les confiere un fino olfato para detectar cuando se amenaza sustancialmente la base de su poder y entonces se unen para conservar los mecanismos que hacen posible su poder. La condena a muerte de Jesús es paradigmática. Las tres líneas de poder, habitualmente enfrentadas, las nacionales, tanto religiosa como laica, y la global imperial, aparcan sus diferencias para hacer frente a lo que puede descubrir y destruir las mentiras sobre las que se sustentan. La historia está llena de situaciones similares. Cuando Napoleón III declaró la guerra a Prusia, obtuvo un resultado desastroso, tanto para él, que perdió el trono, como para Francia, que para firmar la paz se comprometió a pagar una elevada indemnización, lo que suponía mayores sacrificios para el ya sufrido pueblo, que el 28 de marzo de 1871 se sublevó y proclamó la Comuna de París. La nobleza y la alta burguesía francesa vieron peligrar su estatus y los prusianos su indemnización, por lo que se unieron y en mayo derrotaron a los comuneros y aplicaron una sangrienta y ejemplarizante represión: 20.000 ejecuciones en una semana más una larga relación de condenas.

No se trata de establecer paralelismos imposibles, pero todos aquellos que buscan la justicia y la solidaridad de toda la humanidad no pueden ignorar que con Jesús

de Nazaret se inicia un cambio fundamental en la historia humana. El es el primero que plantea la igualdad sustancial de todos los seres humanos sin excepción. Antes que él todos habían establecido diferencias radicales entre el hombre y la mujer, el judío y el gentil, el libre y el esclavo, el brahmán y el intocable, el hombre superior y el inferior de Confucio o el monje y el laico budista. Su proclamación de igualdad se basaba en que todo ser humano es un Hijo de Dios, y que el Dios Padre ama a todos por igual. De ahí su exigencia de amor y de perdón, y sus corolarios en cuanto al cambio en la noción del poder, el no catalogar a la persona por su circunstancia social y el establecer que la fe en Dios se realizaba a través de la fe en el hombre, en cada hombre. Los esclavos de Roma se sintieron dignificados, mientras que el poder se vio amenazado y lo combatió con dureza hasta que presa de sus contradicciones, Constantino aceptó un cristianismo carente de radicalidad, que permitió al poder mantener un discurso hipócrita y seguir distinguiendo entre nobles y siervos, colonos y esclavos, blancos y negros, nacionales y extranjeros, terroristas y ejércitos pacificadores.

Consecuente con ese ideal de fraternidad fue su sentido de la justicia. Para Sócrates, según dice Platón en *La República* la justicia consiste en no apoderarse del bien ajeno y a la vez no dejarse privar del propio. Pero en una sociedad basada en una creciente división del trabajo, la autoría de los bienes, que es su más genuino título de propiedad, es, por lo general, de una gran complejidad, sobre todo si se considera tanto la autoría inmediata como remota, por lo que llega a resultar imposible definir con precisión la parte que a cada uno le corresponde, aunque el problema de la injusticia humana es de tal brutalidad, que una contabilidad global y transparente mostraría desigualdades tan absurdas y criminales que haría imposible cualquier justificación hipócrita. Pero Jesús va más allá. En una sociedad fraterna, el hermano sano cuida del enfermo y el inteligente ayuda y orienta al torpe. Por eso establece el principio que tomarán como bandera todas las rebeliones de los pobres y explotados y que ha mostrado sus inmensos beneficios al aplicarse en las sociedades más progresistas: *De cada uno según su capacidad; a cada uno según su necesidad.*

Eso supone una inversión total del sentido del poder que se ha venido aplicando en las sociedades basadas en la dominación del más fuerte y mejor armado y un retorno a la dinámica natural ejemplarizada en la termodinámica, basada en la tendencia de toda molécula energéticamente más cargada, a transmitir parte de su energía a la menos cargada, hasta igualarse. En las complejas sociedades modernas eso exige leyes y

estructuras políticas democráticas, así como presupuestos comunitarios con impuestos directos progresivos suficientes para costear una sanidad y una educación universales y una atención adecuada a quienes no se pueden valer por sí mismos.

El problema no es técnico sino humanístico. Cuando esto escribo, el 29 de diciembre de 2012, se está celebrando una reunión de las más altas jerarquías políticas estadounidenses para adoptar las medidas que eviten el “abismo fiscal”. Las opciones enfrentadas son: incrementar los impuestos de los que más tienen o reducir los gastos sociales. El hecho de que los defensores de la segunda opción sean los que más invoquen a Dios nos obliga a revisar los planteamientos cristianos e intentar adentrarnos en el inmenso misterio de la divinidad de Jesús de Nazaret.

La cuestión de la divinidad de Jesús entra dentro de lo mítico, lo subjetivo, lo personal. Jesús de Nazaret, en cuanto hombre, puede sentirse Dios, pero eso puede ser producto de un trastorno síquico de personalidad. Lo mismo le puede ocurrir a quien intenta orientar su vida siguiendo el testimonio de Jesús. La condición humana y divina de Jesús es asumida de forma singular por cada ser humano, pero es posible diferenciar tres líneas fundamentales: 1) La de quienes de alguna forma adoptan su misma actitud en su relación con los demás, sean o no conscientes de esta similitud. 2) La de quienes intentan comprender y razonar todo lo contenido en el sentido de la existencia que representa Jesús. 3) La de quienes optan por una determinada interpretación y rechazan o incluso persiguen a las otras. Hay infinidad de matices que incluso participan de varias de estas líneas, como se podrían establecer también tres líneas opuestas a las indicadas. El presente trabajo se sitúa en la segunda línea, acompañada de intentos de seguir también la primera.

Lo mismo le ocurre a los testimonios escritos que dejaron sus discípulos, que no son, ni pretenden ser, históricos ni biográficos, tal como ahora se entienden estos calificativos, sino subjetivos, apologéticos y panegíricos, orientados a mostrar la divinidad de Jesús según su entender y el cambio sustancial que aporta a la humanidad. No voy a entrar en las múltiples exégesis que se han hecho sobre estos escritos, pues de acuerdo con mi creencia en un Dios vivo y encarnado, me voy a limitar a exponer como pienso y siento, centrándome en los tres aspectos que considero más fundamentales: la génesis de Jesús, sus milagros y su resurrección.

Sobre su génesis, una primera cuestión es si se trata de un Dios que se hace hombre, o de un hombre que deviene Dios. En mi opinión es una falsa disyuntiva, producto de las distintas versiones de la dualidad maniquea, profundamente instalada en el inconsciente colectivo desde el establecimiento de la esclavitud. Sus discípulos lo resuelven haciéndole nacer de una virgen que ha sido fecundada por Dios, pero teniendo en cuenta la mentalidad machista de la época y sus conocimientos sobre genética, la función de la virgen es totalmente pasiva, reducida a ser un dócil instrumento para los planes de Dios, por lo que la unión de lo humano y lo divino, del padre con el hijo, es una unión desigual, propia del niño que presume de que su padre lo sabe todo y lo puede todo, pero no la de un ser humano que ha alcanzado la madurez y mantiene con su padre una relación de iguales, dentro de su respectiva singularidad, y de mutuo gran aprecio y respeto.

Jesús de Nazaret no es un ser híbrido, sino un ser humano como tú y como yo. El misterio de la encarnación hay que abordarlo extendiéndolo a toda la Trinidad, con toda la complejidad que ello comporta, si queremos que todo converja en un solo Dios, incluyendo las múltiples manifestaciones de la dinámica triuna universal. Establecer relaciones entre lo que vamos conociendo y lo que seguimos ignorando, parece necesario para avanzar, siempre que no pretendamos haber llegado al final. Esto invierte el tratamiento tradicional. No es que Dios se hace carne, sino que la carne es de siempre un componente de Dios que avanza hacia una plenitud que todavía somos incapaces de imaginar, de la misma forma que un átomo o una hormiga son incapaces de imaginar la plenitud alcanzada por la humanidad.

Uno de los requerimientos de esta perspectiva es la de lograr para la sexualidad la dignidad que merece. La sexualidad no es una exigencia de la reproducción, puesto que hay varias formas de reproducción asexual, sino la consecuencia de que la relación individuo-entorno en una relación entre personas, así como una forma de abrir el abanico de interacción y de llevar la dinámica triuna del ser a una personalización global.

Entre las muchas manifestaciones de la dinámica triuna, una de las más esenciales es la de energía-materia-información. Lo mucho que ignoramos tanto sobre cada una de las partes, como sobre su mutua y unitaria interacción, nos obliga a ser prudentes en la designación de posibles cometidos y significados, pero la naturaleza subjetiva y personal de este trabajo me permite establecer las siguientes alianzas:

energía-Padre, materia-Hijo, información-Espíritu, sin que eso signifique una especialización excluyente en cada una de las personas. La dinámica fundamental del Uni-verso, de que todo esté en todo de forma cada vez más libre y consciente, hace que en todo hecho del espacio-tiempo esté presente lo triuno, a la vez que la evolución se manifieste en cada componente. La energía primordial, cuya naturaleza ignoramos, experimenta muchas transformaciones (nuclear, electromagnética, gravitatoria) pero avanza gracias a la sinergia que produce la colaboración o simbiosis en todas ellas. La materia pasa, de cuántica a atómica, molecular, bacteriana, pluricelular, social, cultural, mostrando la dirección del tiempo, pues las últimas contienen a las anteriores, pero no al revés. La información avanza también en las formas de percepción, intuición, comprensión y sabiduría.

En cualquier caso no trato de demostrar sino de razonar reflexiva y lo mejor documentadamente posible mi intuición sobre el sentido de la existencia. Luego veremos lo relativo a la Tercera Persona, ahora vamos a centrarnos en la relación Padre-Hijo y el misterio de la creación.

La experiencia humana se enfrenta a tres tipos de creación, que podemos definir como la del artesano, la del labrador y la del padre. La del artesano es la creación realizada sobre la llamada materia inanimada, como puede ser el hierro o el papel, en la que predomina la inspiración del creador, aunque todos los grandes creadores han manifestado que en el transcurso de la creación la obra le dicta su continuidad, que en ocasiones modifica seriamente su inicial planteamiento. La del labrador es la que se realiza sobre la materia orgánica, en la que toda intervención tiene que armonizarse con la dinámica interna de esa materia y con las condiciones del entorno. En la del padre hay una continuidad de naturaleza y la creación se entiende por la absoluta singularidad del hijo. Esta continuidad exige varias precisiones.

Las mujeres tienen planteada una batalla contra la pretensión del lenguaje de que *el masculino comprende al femenino* que no se resuelve citando los dos géneros o utilizando el plural, pues nos remite al citado problema de la sexualidad y al cambio de las diosas de la fecundidad de las tribus depredadoras por el dios autoritario de la ciudad. Haría falta una palabra que indicara que cuando dos personas unen sus vidas y sus cuerpos con amor se genera una tercera persona, con independencia de que su unión sea fisiológicamente fecunda. No entenderlo así impide comprender la diferencia

sustancial que existe entre un soltero y un casado, el derecho que asiste a los homosexuales a llamar matrimonio a su unión y banaliza lo que parece constituir la clave de la existencia: el amor. Al no existir esa palabra utilizaremos la palabra Padre pero asignándole un significado triuno, sabiéndolo totalmente transfigurado por el amor.

Por otra parte, el individualismo radical ha acuñado la frase “*X se hizo a sí mismo*”, que es totalmente falsa, al igual que es equívoca la filosofía autopoietica, que asigna a la naturaleza una dinámica autogeneradora, cuando lo que parece suceder es que está animada de una dinámica interior. No hay nadie ni nada conocido que se genere a sí mismo. Todos tienen un creador triuno, producto del encuentro entre un individuo y su entorno. La génesis de cualquier ser conocido siempre procede de un ser anterior en un proceso que se va retro trayendo hasta un punto en el que se ignora mucho más de lo que se sabe. La ciencia moderna sitúa ese inicio en la energía, que ni se crea ni se extingue, sino que se transforma, lo que nos sitúa ante una disyuntiva: intentar comprender la naturaleza de esa energía primordial o situar la clave en la esencia de toda transformación. El que cree en un Dios omnímodo, omnipotente, omnipresente y omnisapiente, tiene una respuesta inmediata y fácil: Dios es el creador de esa energía primordial y el agente de todas las sucesivas transformaciones. Pero esa creencia no deja espacio para la libertad y responsabilidad humana por lo que cabe creer en otro Dios, y en concreto en un Dios encarnado en una realidad viva y en continua evolución, lo que obliga a descubrirlo en la naturaleza y en nuestro propio interior.

Tales de Mileto, uno de los fundadores de la ciencia griega, creía que esa energía primordial residía en el agua. Otros creían que estaba en el aire, o en principios indeterminados. Pitágoras consideró que la cuestión no radicaba tanto en la naturaleza de los elementos como en la relación que establecen entre ellos. Posiblemente sea éste el camino más adecuado sin descuidar por ello la naturaleza del inicio. Los mayores esfuerzos que se han realizado en la búsqueda del inicio tuvieron un punto culminante el 4 de julio de 2012, cuando se comunicó que se había hallado el “bosón de Higgs” al que algunos llamaban “la partícula de Dios”. La noticia se acompañó del comentario “*aún queda mucho trabajo por hacer*”, que se puede interpretar como “*estamos como antes en cuanto a la comprensión del inicio de la existencia*”. Hay suficientes pruebas para afirmar que la creación se está produciendo continuamente. Y que cada acto creativo encierra su misterio. Si se abre una semilla del árbol nyagrodha no se observa nada en su interior, pero si esa semilla encuentra el entorno adecuado genera un gran árbol. No

hay que olvidar que la experimentación humana ha llegado a 10^{-17} metros, pero los cálculos teóricos sitúan el cuanto de Planck a 10^{-35} metros, y es posible que la gravedad se resista a entrar en una formulación con las otras tres fuerzas de la naturaleza, porque se sitúa en un ámbito muy anterior a ellas. La fórmula de la gravitación de Newton no ha mostrado todo su significado debido al desencuentro entre Newton y Leibniz. En mi obra [La gravedad monádica](#) intento una aproximación.

En cualquier caso, el cristianismo, al definir al Dios creador como Padre, sobrevuela todas estas referencias y nos obliga a situarnos en otros parámetros. En primer lugar hay que lamentar la dificultad del lenguaje para designar de forma unitaria la naturaleza binaria de la creación. Esto no sólo ha supuesto un notable menosprecio hacia las mujeres, que no dejan de protestar, sino que afecta a la clara comprensión de toda la dinámica existencial, en la que el ser es siempre resultado del encuentro entre individuo y entorno. Pero todo esto no es lo más esencial. Las relaciones entre padres e hijos no se valoran porque se haya utilizado la inseminación artificial o el camino de la adopción, sino por la calidad del amor y de la libertad que hay entre ellos.

Los padres directos e inmediatos son el último eslabón de una cadena, pero un eslabón llamado a ejercer su función con amor y libertad, que es lo que impulsa la existencia, a través de las distintas manifestaciones de la persona (el individuo que se renueva continuamente y siempre es el mismo) y que están contenidas en un Padre vivo y eterno. Sobre como puede resultar más cómodo relacionarse con un muerto que con un vivo, podemos aportar el caso de Teresa de Ávila, que vivió bajo la amenaza de la Inquisición y en cuanto murió fue rápidamente declarada doctora de la Iglesia. Todo esto nos lleva a pensar que quizá debemos orientar nuestra relación con el Padre en el respeto y cuidado a todo lo que precede al ser humano y de lo cual procede, lo que convierte a los ecologistas en los que mejor responden a esta exigencia.

Para avanzar en esas conclusiones, conviene volver a la dinámica autopoiética, reconsiderada como dinámica interior, y en su culminación en el ser humano para reconocer que la consecuente responsabilidad humana se manifiesta muy negativamente al iniciarse el siglo 21 cuando los más graves problemas que sufre la humanidad han sido generados por la misma humanidad, debido a la egolatría narcisista, incapaz de reconocer que la verdadera esencia de su poder le trasciende.

La búsqueda de esa esencia forma parte de la naturaleza humana, que se ha orientado y se sigue orientando por varios caminos, desde el animismo primitivo que

comparte la esencia con todos cuantos conforman el entorno, hasta la globalidad panteísta o panenteísta. No voy a pretender resolver ahora en cuatro palabras lo que lleva miles de años preocupando al ser humano, pero sí destacar que la cuestión tampoco se resuelve negándola, pues entonces se empobrece o mutila al ser. Actualmente cabe orientar la comprensión del encuentro entre lo humano y lo divino, el creador y lo creado, a través del encuentro entre el observador y lo observado de la mecánica cuántica, de la función de la partícula y la onda en la constitución de la materia y en la relación relativista y armónica entre todos los elementos implicados. Quizá baste con leer “Cuestiones cuánticas” el libro en el que Ken Wilber recoge los escritos místicos de los físicos más famosos del mundo, para comprobar hasta que punto lo científico y lo mítico, lo que se sabe y lo que se ignora, lo que se piensa y lo que se siente, necesita reunirse en una unidad armónica. Y en esa síntesis armónica hay que incluir la condición humana y divina de Jesús de Nazaret. Es posible que todo esto encuentre su mejor acomodo en la respuesta genuinamente cristiana de la Trinidad aunque para ello haya que extender el misterio de la encarnación a las tres Personas, en sus respectivas funciones de inmanente, vinculante y trascendente. Si Jesús es divino y humano y es de la misma naturaleza que el Padre, significa que éste reúne la misma doble condición, aunque para intentar su comprensión es necesario superar la vieja dicotomía entre materia y espíritu y sobre todo afrontar las exigencias que comporta el relacionarse con un Dios que es persona y está vivo.

Jesús de Nazaret, el ser humano como tú y como yo, cree en ese Dios con el que se puede mantener una relación viva y personal, pero al considerarlo como un padre de absoluta perfección, llega a tres conclusiones: 1) Que el impulso creador es el amor. 2) Que el hijo es de la misma naturaleza que el padre y que para ser fiel a ella tiene que amar de la misma forma que ama el padre. 3) Que esa fidelidad es una opción, no una respuesta mecánica, sino un acto de libertad.

En ningún momento pretende que esa filiación divina sea una prerrogativa ni un mérito personal. Al contrario, se extiende a todos los humanos porque Dios es padre de todos por igual. Lo que eso reporta es una exigencia de ayudar a sus hermanos que encuentre más necesitados.

No voy a entrar en detalles de cómo orienta esa ayuda, pues en ningún momento pretende establecer un modelo de vida, sino que respeta la singularidad y libertad de

cada individuo, pero es necesario asumir sus milagros, muerte y resurrección, bien entendido que la complejidad que contienen es lo que les sitúa en la condición mítica, es decir, inabarcable, por lo que todo lo que se diga precisará de continuas de matizaciones, añadidos y correcciones.

De los milagros hay que señalar en primer lugar que todos responden a la necesidad de liberar al otro del mal. Cabría decir que se corresponden con lo que está logrando la humanidad con el progreso de la medicina, al igual que con el adecuado desempeño de las otras profesiones se está logrando mejorar las condiciones de vida y los conocimientos sobre la existencia. Para quien cree en un Dios absoluto y perfecto obliga a preguntarse por qué hizo su obra imperfecta, necesitada de corregirse y mejorarse. Para quien cree en un Dios vivo, encarnado en un universo en evolución, la cuestión no está en cuestionar lo que ha hecho el Padre, sino en ver de mejorar el patrimonio recibido, sabiendo que lo más importante de ese patrimonio son los hijos y que la felicidad de un padre que ama es ver a sus hijos, nietos y biznietos, reunidos en fraternal armonía y dispuestos a ayudarse en sus diferentes necesidades.

Como el amor no es un mecanismo automático de transmisión mecánica, sino un sentimiento de vinculación en libertad, no todos optan por compartir fraternalmente el patrimonio paterno, sino que algunos pretenden adjudicárselo en exclusiva y administrarlo según su conveniencia, incluyendo en el patrimonio a sus hermanos, convirtiéndolos en piezas de las que intentan extraer todo su potencial físico e intelectual.

Son éstos los que matan a Jesús, llevados por su egoísmo y su ignorancia, incapaces de comprender que el individuo al que matan forma parte de su entorno, y por lo tanto de su ser, al que empobrecen, pues todo individuo, incluido el criminal más abyecto, contiene en sí todo el universo y nunca se puede asegurar los desarrollos que puede seguir, o incluso puede ocurrir que el comportamiento que se juzga peligroso obedece a que lleva en sí una mutación ventajosa para la vida o una fulguración capaz de transformarla.

Hay que tener en cuenta que en la evolución se producen saltos cualitativos fundamentales, fulguraciones que cambian radicalmente los parámetros vigentes hasta entonces. En Jesús de Nazaret se produce una fulguración que cambia de forma decisiva la condición del ser humano. Es un cambio por el que se venía suspirando y al que se sigue deseando. Pero se desea un homo-salvationis que suceda al homo-faber y al

homo-sapiens. El hombre nuevo, el superhombre, el hijo del hombre, el hombre biónico, se entiende como el hombre poderoso, el héroe capaz de conducir a los suyos hacia el triunfo sobre los otros. No es ese el tipo de plenitud que aporta Jesús a la humanidad. Homo amatoris podría ser el nombre del nuevo eslabón que entra con fuerza en la evolución. La plenitud que alcanza Jesús es la del amor total, absoluto, sin matices ni exclusiones, lo que le sitúa a la altura del Padre y le convierte en el Hijo, transfiriendo a todos sus hermanos, a todos los seres humanos, la dignidad de Hijos de Dios.

Esto cambia totalmente el sentido de la religión que han fomentado los poderosos y que en cierta forma reproducía las relaciones del señor con sus esclavos y siervos (ofrendas, satisfacciones, obediencia, súplicas, castigos). La religiosidad que promueve Jesús se basa en el mutuo y fraternal amor, lo que lleva a que los más fuertes, inteligentes y afortunados, ayuden, orienten y protejan a los más débiles, torpes y desdichados. Esto lo lleva al extremo de que lo esencial no es lo que crean o dejen de creer, pues no es la fe la virtud fundamental, sino la caridad. En este sentido hay que entender los milagros de Jesús; no son demostraciones mágicas que buscan el asombro de los espectadores, ni la adhesión interesada de los beneficiados, sino actuaciones movidas por la compasión, encaminadas a eliminar el mal, subsanar los defectos y errores de la naturaleza y de los seres humanos y mejorar y completar la labor realizada por la evolución.

Actualmente podemos valorar mejor la diferencia que hay entre el homo homini lupus y el homo amatoris. La diferencia ha existido siempre y en la biocenosis podemos distinguir las especies que resultan perjudiciales para otras o incluso para ellas mismas, porque su relación es de antibiosis, parasitismo, explotación, depredación o competición, y las que resultan beneficiosas para todas las implicadas en una relación de mutualismo y simbiosis. La aportación de Jesús se produce cuando la transformación de la energía ha avanzado lo suficiente en información, saber y consciencia, para avanzar unilateralmente en la ayuda y colaboración aunque no se tenga asegurada la reciprocidad. Antes que él era la experiencia del beneficio mutuo lo que impulsaba y consolidaba la colaboración. Jesús no espera que le devuelvan el beneficio que transmite y que pretende contrarrestar los males, cualquiera que sea su origen, para así lograr que la humanidad avance en plenitud.

El círculo tiene viejos y amplios significados de igualdad y equidistancia para planteamientos estáticos y espaciales, pero desde una perspectiva dinámica y temporal, nos encontramos con el círculo vicioso, el tiempo circular, el eterno retorno, el mito de Sísifo, que conduce al homo-absurdus, sin que la consciencia de lo absurdo de la existencia, sin tener posibilidad de cambiar su sentido, como pretende Camús, sea mejor consuelo que el que se pueda encontrar refugiándose en los ídolos. La victoria del ser humano sólo puede entenderse desde la perspectiva de poder cambiar un destino absurdo que parecía inevitable por otro que pueda tener un sentido de plenitud. Para ello cuenta con la posibilidad de transformar el movimiento circular en movimiento ondulatorio y en espiral. En la ondulatoria, las subidas y bajadas de Sísifo ya no es un continuo volver al mismo sitio, sino que son las subidas y bajadas del camino sinusoidal abierto al encuentro de otras amplitudes e intensidades con las que obtener superposiciones y resonancias de resultados tan bellos y enriquecedores como la música nos muestra. Por lo que se refiere a la espiral, y en especial la espiral áurea, de su inmenso simbolismo destacamos lo que podríamos llamar su interior a partir del encuentro de dos unidades y su tendencia a ensanchar su estructura mediante el desarrollo de una continua proporción que el fraile Pacioli llamó divina, el agnóstico da Vinci plasmó en el hombre de Vitrubio, el ateo Alberdi expresó en hermosos versos y el científico y humanista Leibniz definió como armonía preestablecida y razón suficiente.

Jesús muere crucificado, que es la muerte que el Imperio Romano aplicaba a quienes contravenían sus leyes y amenazaban su poder. El cristianismo arrastra la contradicción de venerar a Roma y adorar a Jesús. Es un matrimonio imposible. No caben componendas, hipocresías ni mentiras. O se está por la fuerza y la violencia o por el amor y la colaboración. Los que han logrado el poder por la fuerza y la mentira, admiran a Roma y trasladan la gloria de Jesús a la vida que pueda haber tras la muerte terrena y para imponer y extender esta perspectiva cuentan con la facilidad de apreciar lo exterior, lo aparente y grandioso, la excelencia de lo selecto, la tendencia al beneficio inmediato, frente a la necesidad de un mayor esfuerzo para comprender la necesaria sencillez y eficacia de lo compartible y sostenible, la realidad interior, la esencia, continuidad y transformación del poder que todo individuo posee.

La civilización occidental se desarrolló a partir de la civilización romana y se siente deudora de ella especialmente en lo que se refiere al derecho, la lengua y la arquitectura y urbanismo. Pero el Derecho Romano llevó su escarnio a establecer la

figura jurídica del *homo sacer*, el ser humano desprovisto de todo derecho, al que se podía matar impunemente, sin tener que dar razón alguna, pues la misma ley exculpaba al homicida. Se ha intentado minimizar su obscenidad alegando que pertenece al derecho romano arcaico, pero lo cierto es que se ha mantenido su vigencia, aunque tácitamente y es lo que justifica la acción de todos los ejércitos invasores. En cuanto a la arquitectura y el urbanismo es necesario preguntarse para quien se hicieron las termas, circos, hipódromos, anfiteatros, foros, templos, calzadas, y demás construcciones y quienes y en que condiciones las hicieron. Pero posiblemente es la lengua lo que más condiciona el sentimiento de identidad de los individuos. Los pueblos actuales con lenguas románicas sienten respeto filial hacia el latín en la medida en que han olvidado que sus antepasados tenían una lengua y una cultura propias que fueron destruidas por los romanos con calculada brutalidad.

Freud habló de la muerte del padre, para hacer posible el desarrollo de la fraternidad. Pero el padre de que habla Freud no tiene nada que ver con el Padre de Jesús, sino con el Dios construido por los poderosos para mantener oprimidos a los seres humanos.

La racionalidad va ligada al desarrollo cultural de cada época. Actualmente estamos en condiciones de avanzar desde la perspectiva triuna y evolutiva. Si consideramos la manifestación triuna de energía, materia e información. La evolución de cada una de ellas, se puede resumir así: la energía, evoluciona de la energía potencial a las diferentes transformaciones entrópicas y las sinérgicas. La materia, cada vez más compleja, y la información, del entorno acogedor o ácido, al saber especializado y a la sabiduría. Las distintas fases de la evolución individual: la información fetal, el saber el porqué que se va adquiriendo y la sabiduría, que se atribuye a la vejez, porque es capaz de ver todo el proceso seguido, los errores, las injusticias sufridas y cometidas.

Todo individuo lleva en su cuerpo todo el pasado evolutivo, tanto más complejo cuanto más alto es el lugar que ocupa en el proceso. En el caso del ser humano, en él se produce la transformación de la energía cuántica en atómica, en química, en orgánica, en social, en cultural. Todas estas transformaciones se han ido produciendo en individuos concretos, en pioneros que han abierto caminos que han hecho posible los individuos más evolucionados.

La muerte no es un punto final de la existencia individual. Se continúa a través de los cambios que ha producido en el entorno que registra todas las interacciones que

tienen lugar entre individuo y entorno y conforman el ser eterno y universal. En el caso de Jesús su continuidad se manifiesta por dos vías, por la resurrección y por el Espíritu Santo. Ambos son como una manifestación del arquetipo, el inconsciente colectivo que comparte toda la humanidad. La resurrección es la prueba de que ese inconsciente se ha enriquecido con una aportación fundamental. El Espíritu Santo es el componente divino del arquetipo, la encarnación de la tercera persona, presente, al igual que toda la Trinidad en cada individuo de cualquier rango evolutivo, y que a partir de Jesús desarrolla una nueva fase del proceso: llevar la dinámica evolutiva a la convergencia de toda la humanidad en una unidad fraterna generadora de una nueva y superior individualidad.

En cuanto a la resurrección es evidente su carácter testimonial. No se trata volver para completar la labor realizada, de disponer de una segunda oportunidad. El tiempo que Jesús tenía para desarrollar su vida humana era limitado y singular, como el de todo ser humano. Jesús resucita para mostrar que aunque su vida no ha podido completar el tiempo existencial que en principio dispone todo ser humano para desarrollar el ciclo triuno de inmanencia-vinculación-transcendencia, lo ha satisfecho plenamente, pues el balance de la interacción individuo-entorno entre lo que se recibe y se da, no depende tanto del tiempo, como de la intensidad.

En el año 2.000 colaboré en una obra sobre la vida y muerte de un jocista ejemplar y el escrito de presentación fue el siguiente: *“Cuando la sociedad de consumo se agota en sí misma, los esquemas doctrinales se derrumban sin relevo y la gente se afana en correr angustiada hacia la nada, es cuando se está necesitado de descubrir que la Esperanza puede venir de la falta de esperanza. Esta necesidad puede ser satisfecha en gran medida por el testimonio que nos ha dejado Francisco Navarro. Sin estudios ni bienes, y con una enfermedad que le anunciaba una cercana muerte, su corta vida nos muestra la Verdad, que es sencillez y coherencia, que es afecto y bondad. La lectura de sus cartas dejan en el alma del lector una estela de paz, la profunda paz que irradia quien ha vencido a la muerte porque ha alcanzado ya la plenitud a la que está llamado el hombre. Pero al mismo tiempo, todo espíritu sensible tiene que sentirse golpeado por la amargura de constatar que no fue el Destino quien le mató, sino la injusticia y la miseria humana. Su enfermedad está relacionada con la pobreza de la postguerra y con el trabajo agotador e insalubre. Su imposibilidad de*

vencerla y curarse tiene mucho que ver con la falta de una alimentación y una medicación adecuada y suficiente.”

El testimonio de Francisco tuvo especial incidencia en quienes lo trataron y pudieron percibir directamente la plenitud de su existencia. Lo mismo ocurrió con Jesús, aunque su plenitud fuese inmensamente mayor. Por eso se manifiesta a sus discípulos, a quienes creían en él, porque ahora es cuando necesitan creer con gran firmeza para poder amar a los seres humanos sin reservas ni excepciones, a pesar del odio que les van a mostrar quienes ven en su actitud una amenaza a sus injustos privilegios.

El racionalista estrecho querrá saber como se produce esa continuidad de la vida individual. Caben varias respuestas. Una de ellas es que no podrá saberlo mientras permanezca en el universo tardiión, pues la continuidad tiene lugar en el universo taquión, si la velocidad de la luz no es un límite absoluto, sino una frontera, la membrana de un universo triuno, en la forma tardiión-luxón-taquión. Otra es que una respuesta definitiva sólo podrá alcanzarse si la humanidad logra dar el salto evolutivo a que está llamada y consigue constituirse en una unidad orgánica, en una individualidad a escala planetaria, pues esto revolucionará la capacidad cognitiva, de la misma forma que la evolución cultural revolucionó la cognición biológica, ésta lo hizo con la química, ésta a su vez con la física y ésta con la cuántica. Somos resultado de un largo proceso, de 14.000 millones de años de errores y aciertos, de patrimonios y ensayos, pero no somos su final. El final no está escrito pues depende de varios factores y entre ellos, de nuestra libertad.

La cuestión del Espíritu Santo, de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad parece contradictoria con la extensión al Padre de la encarnación generalmente atribuida al Hijo. Una de las formas de visualizar que no hay tal contradicción es recurrir a otras manifestaciones de la dinámica triuna, como la del transcurso del tiempo, en el que cabe distinguir entre pasado, presente y futuro, o con el estado de la materia, sólido, líquido y gaseoso. El pasado y lo sólido es al Padre, a la obra ya realizada, a lo que sienta las bases para la continuidad existencial. El presente o líquido es al Hijo, a la vida que se está realizando en cada momento, en cada espacio-tiempo del proceso evolutivo global. El futuro o gaseoso es al Espíritu, lo que todavía no es, pero está latente en lo que es,

con la suficiente concordancia y sincronicidad para que sea. La clave parece residir en la relatividad del espacio-tiempo.

La duración del presente varía según el lugar que se ocupa en ese proceso y el intervalo entre acción y reacción, en entrar en consonancia o disonancia con los entes que conforman su entorno o en completar el desarrollo de una determinada individualidad. Los 30 o 40 años de vida histórica de Jesús de Nazaret, son un presente con relación a los miles de millones de años que conforman nuestro universo. Lo importante no es tanto su duración como su contribución a la obra del Padre. En el caso de Jesús la sintonía es total y por eso en él se manifiesta plenamente la divinidad en el ámbito humano, elevándolo a un nuevo rango de plenitud evolutiva.

Esa plenitud no se transmite por vía genética, como ocurre en el ámbito biológico, sino por vía cultural, en la que de alguna forma se cierra el ciclo de interacción individuo-entorno, en cuanto que el entorno está profundamente condicionado por los mismos individuos a la vez que condiciona a éstos. Siendo el ser el resultado de esta interacción, se deduce que el ser es un ente intangible e inconmensurable, pero indisociable de lo tangible, medible, material, que conforma tanto al individuo como al entorno, lo que le da una entidad concreta y singular, como concreto y singular es cada individuo que va jalando la existencia evolutiva como concreta y singular es la totalidad universal a cuyo centro parece dirigirse el péndulo de Foucault.

Tres pasos fundamentales para avanzar en la comprensión de nuestra realidad existencial parecen ser: 1) Reconocer socráticamente nuestra ignorancia y sin renunciar al infinito hacia el que tendemos, ordenar el finito que manejamos. Para ello quizás sea necesario redescubrir el alma y aprender a diferenciarla del espíritu. 2) Aceptar que el vínculo que une el alma individual con el espíritu universal es el amor, en sus diferentes expresiones (solidaridad, amistad, sexualidad, mutualidad, simbiosis) 3) Situarnos en el punto dialéctico en que nos encontramos en la dialéctica entre ontogénesis y filogénesis, para percibir que el avance en la comprensión depende de que se produzca la fulguración que produzca un salto evolutivo pasando del individuo humano al individuo Tierra.

Tomar a la Tierra como referencia de transcendencia parece necesario para que la humanidad se oriente en el camino a recorrer en el siglo 21 y avanzar hacia el infinito a través de lo finito. Tan evasivo y alienante puede resultar el buscar la razón de la existencia en un Dios abstracto que cada uno puede definir como mejor le convenga, como buscarlo en un Cosmos que tanto en lo micro como en lo macro resulta inalcanzable.

Broad, Büchner, Compton, Drake, Gehlen, Huxley, Müller, Scheler, Vogt, von Brandenstein, Wallace, son algunos de los autores que en el último siglo y medio han investigado y reflexionado sobre el lugar del ser humano en el cosmos y en la naturaleza. Pero no se han planteado el lugar de la Tierra en el cosmos, y que tenga que ser a través de ésta, como el ser humano pueda definir su lugar en la existencia. La Tierra era como el escenario en donde se desarrollaba toda la trama existencial; en ningún momento se consideraba que pudiera ser la autora, regidora y protagonista de la obra. Así, por ejemplo, Max Scheler en su obra “El puesto del hombre en el cosmos”, tan sólo nombra una vez a la Tierra y otra a la tierra. Al planeta se refiere al señalar los tres círculos que tratan del ser humano, teológico, filosófico y científico, para señalar que en este último se ve al hombre como producto final y tardío de la evolución de la Tierra. A la tierra, en cuanto suelo, lo hace al tratar de los impulsos del vegetal que va en dos direcciones: hacia la luz y hacia la tierra.

A pesar de que existe un total consenso en que la Tierra constituye una singularidad excepcional entre todos los astros conocidos, no se plantea la posibilidad de que eso le confiera una función igualmente excepcional con relación a la totalidad del Cosmos, y de que el hombre sea una secuencia en el desarrollo de esa función; una secuencia clave, culminante, pero una secuencia en definitiva, por lo que para comprender su función en el Cosmos, hay que comprender primero cual es su función en la Tierra y cual es la función de la Tierra en el Cosmos. Es muy significativo que resulte más atrayente elucidar sobre la función del individuo humano en el inmenso e ignorado Cosmos, que intentar definir su cometido en el limitado y conocido planeta Tierra. El Cosmos se presta a toda clase de elucubraciones teóricas sin que conlleve implicaciones personales. Cualquier reflexión sobre la Tierra conlleva acomodar nuestro comportamiento a las conclusiones que se obtengan, con el añadido de la posible verificación de su conveniencia.

Situar a la Tierra como paso previo para avanzar hacia la plenitud de Dios no tiene nada que ver con el positivismo y materialismo, ni el panteísmo, ni el panenteísmo. Se trata de alcanzar plena conciencia de un Dios vivo, de un Dios que evoluciona en amor y libertad y que en la Tierra manifiesta su condición triuna. Así, en el Padre tenemos que ver los 4.500 millones de años que han precedido al Hijo, sin que ello suponga ignorar los 9.000 millones de años anteriores al nacimiento de la Tierra, ni los que pueden preceder al supuesto Big Bang, sino reconocer la exigencia de que amar y respetar al Padre es amar y respetar a la naturaleza y no cometer las atrocidades que está cometiendo la humanidad. Amar y respetar al Hijo es amar y respetar a Jesús de Nazaret, pero es también amar y respetar el Cuerpo Místico de Cristo, que no hay que confundir con la estructura que dirige el Vaticano, ni con la ritualidad ortodoxa, ni con el individualismo desarrollado por las diferentes corrientes protestantes, sino ser fiel a la exigencia de fraternidad y que el más capaz ayude al más necesitado, sin condicionantes ni exclusiones de ningún tipo. Amar y respetar al Espíritu Santo es poner los medios para que el amor y respeto filial y fraternal sean eficientes y redunden en el avance del conjunto terráqueo hacia la plenitud de Dios.

En ese avance, la tecnología y la ciencia, el saber hacer de los humanos, lo artificial que ya penetra y envuelve a todo el planeta, desempeña una función imprescindible, fundamental, pero que amenaza igualmente la vida de todo y de todos porque la humanidad ha perdido el norte y necesita encontrar la forma de detener su deslizamiento hacia el abismo. La extrema gravedad del problema hace que de todas partes surjan voces que exigen una urgente y profunda transformación. Pero predominan las voces que plantean el cambio que debe producirse en los “otros”, cuando reconocen la globalidad alcanzada y, por lo tanto, que todos estamos implicados por lo que cada uno debe revisarse a sí mismo y plantearse en que debe cambiar.

Una primera referencia es ver si estamos por encima o por debajo de la media en los diferentes parámetros que marcan el estado de plenitud y bienestar de la población humana. Especial atención deben prestar los que están por encima de la media en los países que están por encima de la media mundial, pues en un mundo globalizado eso está ligado al hambre, la miseria y la muerte de muchos inocentes.

Son muchas, diversas, urgentes y radicales las medidas que hay que tomar y eso exige un estudio especial, pero parece necesario establecer unos principios de mínimos

en los que intentar lograr un consenso general. Estos principios podrían ser: humanitario, frugal, transparente y pacífico.